

CARLOS RODRÍGUEZ BRAUN

PANFLETOS LIBERALES V

MI DEFENSA DE LA LIBERTAD EN LA POLÍTICA,
LA ECONOMÍA, LA CULTURA Y LA MORAL



Índice

Prólogo de Juan Ramón Lucas	11
Advertencia del autor	15

1. CULTURA

La soledad de Robinsón	19
Voltaire, sin la frente marchita.....	20
Schiller liberal	22
Chesterton y Tocqueville sobre los tiranos.....	23
Parnaso sobre ruedas	25
El buen gobierno Frankenstein.....	26
Arturo Fernández, liberal	28
<i>Joker</i> socialista	29
<i>Parásitos</i>	30
Cine antifascista y Warren guionista	31
Hemingway, enamorado y comunista.....	33
Elogio de Manolito	34
<i>Episodios Nacionales</i>	35
Clases precarias	41
Los filántropos en harapos	43
Frodo o Liberto	44
Memorias (económicas) de la casa muerta	46
La isla de Adam Smith.....	47
Hamnet y Hamlet	48
Calamar anticapitalista	50

<i>El buen patrón</i> , otra caricatura	51
Cuando la corrección encontró a Sally.....	52
<i>No mires arriba</i>	54
Culto al héroe	55
<i>Succession</i>	56
<i>Miss Marx</i>	58
Bartlet y la complejidad	59

2. ECONOMISTAS

Presupuestos y Puviani	63
El planeta finito.....	64
Llanto por William D. Grampp	66
El Estado y sus amigos	67
Lecciones de Esopo y Adam Smith.....	69
Zucman, el nuevo Piketty.....	70
Faros perdurables.....	71
Piketty, capital e ideología.....	73
Adiós a los bancos, menos a los centrales	76
El pasillo estrecho de la libertad	78
El absurdo temor al déficit.....	80
Anti-Mazzucato	82
Goteo de Krugman.....	84
De Salamanca a Friedman	85

3. CAPITALISMO

Lehman y Desdémona.....	91
Hambre y Spencer	93
Feo bikini barato	94
Desigualdad: doble engaño	96
Pensamiento en recesión.....	97
Jeremy Rifkin y el New Deal Global.....	99
Feminismo anticapitalista	101
La salud del poder	102

Nobel y cambio climático	103
Clase media en África.....	105
Meritorias cerezas.....	106
Capitalismo de Estado.....	108
Eco-calipsis	110
El penoso capitalismo y las siete recetas	113
Desigualdad y externalidad.....	114

4. SOCIALISMO

Muro y sorpresa	119
Revoluciones.....	121
«Disfruta de una ciudad sin coches»	122
Ministra contra dogma.....	123
<i>La tragedia de la liberación</i>	125
Otra vez, Bad Godesberg	128
Piratería y socialismo	129
Algunos más iguales que otros	130
Errejón contempla su iPhone	133
Dictadores	134
La inquisición progresista	136
Igual no pasa nada.....	138
La librería de Mao	139
Los robots no cotizan	140
La imposibilidad de bajar los impuestos	142
Socialismo y/o libertad	144
Horizontes postsocialistas	145
Scruton y la izquierda.....	147
Anticapitalismo salvaje	148
La vacuna colectiva	150

5. LIBERALISMO

Liberales pragmáticos.....	155
Diocleciano y disculpas	156

Nobles, políticos, burócratas.....	158
Tradiciones liberales	159
Pinker ilustrado.....	161
Impuestos y semáforos	162
Así en la peste como en la guerra	164
Isabel Paterson, pionera liberal	165
La fiesta y la fatal arrogancia.....	167
La increíble hegemonía neoliberal.....	170
50 años sin patrón oro	171
Norberg abierto	172
El ogro observador.....	174
Por preguntar, ultraliberal.....	175

6. AMÉRICA

«Uno mismo, el idioma».....	179
Maduro, demócrata y economista	180
Keynesianos, como Nixon.....	181
El Imperio socialista de los incas	182
Menem y otros ultraliberales	184
Bolívar y la mentira chavista	185
Cervantes y la esclavitud	187
Leyenda negra antiliberal.....	188
Cuba, fuga y bloqueo	189
<i>Argentines without means</i>	190
América, imperio, naciones.....	192

7. ESPAÑA Y EUROPA

Impuestos: nos quejamos de vicio.....	199
Cataluña increíble	200
¡Alto ahí!	202
Pobreza industrial	203
Dalrymple y la sanidad pública.....	205
El milagro del Plan Marshall	206

Falsos éxitos nazis.....	208
La Europa de Figes.....	209
Doble truco fiscal	211
Renacuajo europeo.....	212
José Castillejo.....	213
De taberna y libertad.....	217
Diáfano Stalin	219
Warren educa.....	220
Curioso apogeo de la dignidad.....	222

8. MORAL Y RELIGIÓN

Diosa Naturaleza	227
Cristiandad y progreso	228
El papa y los empresarios	230
«Ni dios, ni patrón, ni marido».....	232
El dios mercado.....	234
Igualdad cristiana	236
Kakistocracia	237
Queman iglesias, otra vez.....	239
Iglesia y mercado.....	241
Dar con alegría.....	245
Cristianos capitalistas	247
<i>Fratelli Tutti</i> y el liberalismo	249
Capitalismo y moral	254
Paganismo moderno	256
Enemigos de la familia	258
«El neoliberalismo mata».....	260
Sana envidia y mentira piadosa	261

MÁS PANFLETOS LIBERALES V:	263
----------------------------------	-----

Prólogo

Es este un libro acerca de la libertad. El viejo *eleutheros* homérico que casa tradiciones y rechazo al sometimiento recorre sus páginas con la precisa contundencia del ariete que fractura moldes, brechas y dogmas, para abrir la ventana al aire fresco de un auténtico ejercicio de democracia: la libertad de Constant, ampliamente citado por el profesor, fundamentada en la vida y propiedad privadas y la afirmación de la individualidad. El liberalismo moderno, por tanto.

Ya desde el título se nos da el tono: en estas notas no se hacen amigos. Estamos ante una recopilación temáticamente ordenada de panfletos, o sea, opúsculos de carácter agresivo, según define el diccionario de la RAE.

En un mundo de trincheras políticas y simplificación de la economía, de populismos y falsedades, el profesor Rodríguez Braun enarbola la bandera liberal y se lanza al campo minado de los tópicos intocables para destrozarnos cuantos mitos consolidados. Se sabe objeto de los disparos desde los fosos, pero armado de sus muchas lecturas, que comparte y sugiere, de un extraordinario conocimiento de la realidad económica y sus complejidades, y de su ya demostrada capacidad para la inteligente ironía, se eleva por encima del fuego cruzado del populismo —que descarga desde todos los flancos— y ese socialismo blando o *light* que él prefiere llamar *vegetariano*, y sale victorioso del combate. No lo rehúye, más bien al contrario, y del mismo

modo que recupera la kakistocracia de su profesor García Venturini, el concepto de gobierno de los peores, ese en el que quien manda es el populismo autoritario que entroniza la mediocridad, derriba el mito del Galdós izquierdista y casi precursor del comunismo, que es como le ha reivindicado la izquierda desnortada, cuando en realidad era un liberal en el sentido más amplio del término. «Los mandamases —dice en *Gerona*— le quitan a uno la camisa y encima hay que darles las gracias porque no nos han quitado los calzones».

Fija su objetivo también el profesor, cómo no, en el mito de los impuestos, en lo que estima gran falacia del reparto de la riqueza: no se utilizan para mejorar la condición de los que peor están, sino como herramienta del Estado para servir a los intereses de quienes gobiernan o les sustentan. Y por atreverse hasta castiga el mito de los recursos limitados y esa tendencia contemporánea a cuestionarse las políticas de crecimiento. Nunca dejaremos de crecer porque siempre habrá gente, y la gente es el recurso.

Pero todo esto, puede estimar el lector, ¿no son principios de la izquierda tradicional? También ofrece el profesor la respuesta en sus panfletos: en su día la izquierda quemó sus naves liberales para plejarse al estatismo opresor. Y el Estado, considera Rodríguez Braun, ni es una empresa ni dinamiza la economía.

Y arremete, compromiso obliga, contra economistas de moda o falsos liberales —«no pensemos que solo aquí los profesores decimos gansadas»— como Vito Tanzi o el ultramitificado Piketty con su alumno aventajado Gabriel Zucman... E incluso el Nobel Krugman, al que afea su entusiasmo por el intervencionismo.

A mí se me antoja, leyendo al profesor y conociéndole un poco, que ser liberal es ser un poco ácrata y no dejarse sujetar por dogmatismos y correcciones políticas. Y ya estoy, me temo, utilizando el lenguaje antiliberal. Ser liberal ha de ser no admitir ningún tipo de censura en la expresión o el pensamiento —sí, hoy se censura hasta el razonar discrepante y eso que aún no se puede monitorizar— y no dejarse engañar por mentiras asentadas en lo económico pese al tiempo y el consenso silente de la resignación: la creencia universal de que los

impuestos responden a la necesidad del Estado benefactor aparece aquí, insisto, perfecta, concienzuda e inteligentemente desarmada.

El único reproche que puedo hacerle al profesor es de personal desconsideración y, si quiere usted, hasta puramente estético: recoge aquel artículo titulado «No mires arriba» en el que desmonta una película del mismo nombre, pero se ubica exactamente debajo de la columna, en la misma página de *La Razón*, de quien firma este prólogo. Y sabedor de la influencia de don Carlos, estoy seguro de que más de un lector siguió el consejo y no se detuvo en la lectura de mi texto, sin duda muy inferior al suyo, pero acaso no merecedor de guía tan inoportuna.

Quizá eso lo compense el hecho de que, por fin, al leer ordenados y con cierta intención de contexto los artículos de Carlos Rodríguez Braun, entiendo perfectamente a qué se refiere cuando al saludar y despedirse siempre lo hace «a pesar del Gobierno». Aquí está claro. Del mismo modo que se despejan las dudas sobre esa «usted, señora» imaginaria, que en realidad somos todos, que es la que termina pagando el pato y las cuentas de quienes nos gobiernan.

Salud y libertad. Disfrútenlas en las siguientes páginas.

Juan Ramón Lucas
Periodista, director y presentador de
La Brújula en Onda Cero

*A todos los liberales,
de todos los partidos*

Advertencia del autor

Diecisiete años después de la primera, aquí está la quinta entrega de *Panfletos Liberales*. En este caso, la selección otorga algo más de preferencia a los temas culturales y éticos que en las ediciones anteriores.

Agradezco a Juan Ramón Lucas, mi director en *La Brújula* de Onda Cero, por su generoso prólogo, a mis seguidores en las redes sociales por sus críticas y sugerencias, y al excelente equipo editorial de LID y Almuzara.



Ver vídeo de Carlos Rodríguez Braun

1

CULTURA



La soledad de Robinsón

Muy importante ha de ser un personaje literario para convertirse en adjetivo. Así ha sucedido con «robinsón», que define el DRAE: «Hombre que en la soledad y sin ayuda ajena llega a bastarse a sí mismo».

Daniel Defoe ha atraído la atención de los economistas, porque en su azarosa vida, en la que solo le llegó el éxito en 1719, precisamente, con *Robinson Crusoe*, viajó extensamente por Europa y se ocupó de analizar cuestiones económicas, que plasmó en varias obras. La más conocida es *El perfecto comerciante inglés*, publicada en 1726, cinco años antes de su muerte. En este libro, Defoe, un comerciante él mismo, presenta un encendido elogio de los comerciantes ingleses y del papel clave del intercambio en la economía: el comercio expande el consumo y el empleo, y permite a los desfavorecidos dejar atrás la pobreza.

En *Robinson Crusoe* hay bastantes referencias económicas, desde los tratos y contratos, que se cumplen, hasta herencias y propiedades, y el movimiento internacional de dinero mediante letras de cambio. Pero, en esencia, la inmortalidad de Defoe se debe al fondo de esta historia, que es la de un hombre que no comercia, un hombre solo, la antítesis del comerciante, porque no hay negocio con aislamiento. Quizá la explicación estribe en eso, en que el autor quiso señalar lo malo de la soledad, lo malo de la ausencia de comercio.

A pesar de que solemos creer que *Robinson Crusoe* es una novela de aventuras, en realidad es un drama cargado de desventuras que su protagonista descarga sobre sí mismo, porque es un irresponsable. Una prueba de que esto es así, y de que pensamos que el solitario náufrago tuvo una vida más bien agradable y entretenida en la isla, es que

casi nadie recuerda el tiempo que pasó allí solo: la friolera de veintiocho años.

Tampoco se recuerda que Crusoe naufragó varias veces antes del naufragio definitivo, por haberse obstinado en apartarse de los consejos de su padre, que le había dado una excelente formación para instalarse profesionalmente como abogado: «pero nada me satisfacía sino el mar». Y así, contra las órdenes de su padre y las súplicas de su madre y sus amigos, se deja arrastrar por «esa propensión fatal, que llevó directamente a la vida miserable que me esperaba».

No le agrada a Crusoe en absoluto la vida solitaria. Cuando por fin Viernes y él consiguen escapar y viajar a Inglaterra, solo se embarca una vez, rumbo a Lisboa, para los trámites de recuperación de sus bienes y tierras en Brasil. Y decide no tentar a la suerte, regresando a casa por tierra y no directamente por mar desde Portugal. Cruzando los Pirineos se topan con lobos hambrientos, pero cualquier cosa soportará Robinsón Crusoe antes que una nueva tragedia de soledad sin comercio.

Voltaire, sin la frente marchita

Se ha dicho que Voltaire no puede ser un símbolo del progreso, porque defendía la libertad, pero no la igualdad. Sería un liberal burgués, un elitista que rechaza la revolución socialista y no simpatiza con los pobres, como si los revolucionarios no hubiesen sido burgueses ni elitistas, o como si los hubiese caracterizado la amabilidad con los pobres. También se reprocha a Voltaire el haber apoyado la monarquía, como si la clave de la libertad fuera la forma del poder y no sus límites; como si arrasar con las instituciones fuera la receta para progresar.

No era el ilustrado un nostálgico del pasado, sino un admirador del presente, y de los esfuerzos que hacemos para mejorar nuestra propia condición, como decía Adam Smith, lector y adepto de Voltaire, a quien conoció en Ginebra.

Voltaire escribió el poema *El mundano*, un canto a la vida y los placeres: «Yo amo el lujo, el gusto fino/Las artes de toda especie/Los placeres exquisitos,/la limpieza, los adornos;/Y estos sentimientos míos/Los tiene todo hombre honrado».

Volvería sobre el tema en el poema *Defensa del mundano, o apología del lujo*, y en su artículo *Sur le luxe et le commerce*. Pregunta: «¿Del Tejel, Burdeos y Londres/No veis los buques tan finos/Ir a buscar otros bienes/En Ganges producidos/En cambio de nuestros frutos,/Mientras que en el tiempo mismo/Los sultanes se embriagan/De la Francia con los vinos?».

Es verdad que elogia a Colbert y a Melon, y tiene ecos de Mandeville: «La vanidad del grande es conveniente/al pobre en varios modos/Y a la industriosa gente/Hace rica el magnífico indolente». Pero en varios aspectos relevantes es liberal, empezando por el papel unificador y armónico del comercio. Cuando habla del Imperio español en América dice: «Sus minas de México y Perú son nuestras, y del mismo modo nuestras manufacturas son españolas». Y lo más importante es que está alejado de Rousseau porque aprecia la propiedad privada, a la que con acierto asocia a la modernidad y la prosperidad: «Nuestros míseros abuelos/Vivían como unos pollinos,/Sin que ninguno supiera/Lo que era lo tuyo y mío».

Apoya los inventos y la industria, que con el comercio enriquecen más que las conquistas. Censura a quienes miran con menosprecio a los emprendedores. También aplaude a la persona en su intimidad: *Il faut cultiver notre jardin*, es la famosa frase de *Cándido*.

Voltaire fue tolerante y liberal en economía y en todo. Anheló que las gentes tuvieran «horror a la tiranía ejercida sobre las almas, como execran el bandolerismo que arrebatara por la fuerza el fruto del trabajo y de la pacífica industria». Y no tuvo paciencia con los grandes enemigos de la libertad: los intelectuales pesimistas. Dijo: «Doy gracias a la sabia Natura/Que, por mi bien, me hizo nacer/En esta edad tan criticada por los doctores».

Schiller liberal

Friedrich von Schiller (1759-1805), el célebre dramaturgo alemán, fue saludado por grandes liberales. Dice Hayek en *Los fundamentos de la libertad* que Schiller «probablemente hizo tanto como el que más para divulgar en Alemania las ideas liberales». Y Mises, refiriéndose a *Don Carlos*, de 1787, apunta: «Schiller habla con la voz del liberalismo cuando hace que el marqués de Posa implore al rey por la libertad de pensamiento». Es verdad que Rothbard lo critica en el primer volumen de *Historia del pensamiento económico* por haber sido mentor de Hegel, saludado por Carlyle, y amigo de la unidad nacional y no del individualismo, pero Emil Ludwig, en *Cómo tratar a los alemanes*, lo llama «el poeta de la libertad».

Posiblemente la explicación de la contradicción estribe en las confusiones del romanticismo que desorientaron a Stuart Mill o a Humboldt, con lo cual, como anota Pedro Schwartz en *En busca de Montesquieu*, «nos hemos extraviado en el universo romántico, en sus dos elementos, la autonomía kantiana de la voluntad y la espontaneidad naturalista de Rousseau»; el paso siguiente es la tragedia de los personajes de Goethe o Schiller, donde «el héroe aparece como un hombre libre, un individuo de moralidad superior, que se enfrenta con la oposición impenetrable de la sociedad que le rodea y que muere incomprendido por los filisteos con los que vive».

Como muchos otros, Schiller pasó del entusiasmo con la Revolución francesa al horror ante su desenlace, y a la búsqueda de los ideales liberales a través de la belleza y las nobles pasiones, y del recelo ante el racionalismo.

De ese recelo brota el respeto a la religión, y su distinción y primacía frente al poder político. Advierte la protagonista en *María Estuardo*: «Mi buen pueblo me ama demasiado. Las manifestaciones de su júbilo no conocen medida, y rayan en idolatría: así se honra a los dioses, no a los mortales».

También está la libertad asociada con la religión, como en *Guillermo Tell*: «Dios nos dio la fortaleza de la libertad». Esa libertad tiene consecuencias beneficiosas para la economía. Se invita en *Don Carlos* a admirar la «gloriosa faz de la naturaleza... enriquecida y próspera gracias a la libertad», aunque este regalo de Dios tiene la contrapartida de la responsabilidad, y en su ausencia «permite que los terribles estragos del mal/arruinen sus bellos dominios».

Otro aspecto notable de Schiller es su nacionalismo, típicamente romántico, y cuyas facetas antiliberales son incuestionables. Pero también tiene otras, como lo prueban estas líneas que pronuncia Walter Fürst en *Guillermo Tell*. «Queremos sustraernos a la odiosa dominación y conservar íntegros los derechos que nos legaron nuestros padres, mas no ambicionar otros nuevos».

Chesterton y Tocqueville sobre los tiranos

Chesterton rechaza en *El hombre que fue jueves* la idea de que la falta de educación pone en peligro la civilización. Cree que es al revés: «el criminal peligroso es el criminal culto; el más peligroso es el filósofo moderno que ha roto con todas las leyes... Los ladrones creen en la propiedad, y si procuran apropiársela solo es por el excesivo amor que les inspira. Pero, al filósofo, la idea misma de la propiedad le disgusta, y quisiera destruir hasta la noción de posesión personal... El filósofo odia la vida, ya en sí mismo o en sus semejantes».

Y la clave de este peligro es el pesimismo: «luchamos contra una inmensa conspiración... toda una iglesia rica, poderosa, fanática. Una iglesia del pesimismo oriental, que está empeñada en aniquilar a los hombres como si fueran una plaga».

Nótese la importancia del pesimismo para la socavación de la libertad. Ese pesimismo carga de razón al intervencionismo, que depende crucialmente de que nos creamos de que toda la culpa es nuestra, es

decir, de las personas libres, con lo cual resulta imprescindible que el poder político y legislativo recorte nuestra libertad. Por nuestro bien, evidentemente, puesto que no se nos puede dejar solos, porque en ese caso explotamos, engañamos, contaminamos, empobrecemos y hasta matamos. Así lo dijo con paradigmático buenismo el presidente de Extremadura, Guillermo Fernández Vara: «A las mujeres las matamos los hombres». Así, como suena, como si víctimas y victimarios fueran genéricos.

Tocqueville apunta en una dirección similar cuando habla sobre los tiranos en *El Antiguo Régimen y la Revolución*. Dice: «Incluso los déspotas estiman la libertad: tanto la estiman que la quieren para ellos solos».

Los riesgos del despotismo se potencian cuando ese apego de los poderosos hacia su propia libertad, en menoscabo de la libertad y los derechos de sus súbditos, se combina precisamente con la idea de que las personas libres son una plaga. Subraya Tocqueville: «El aprecio del hombre hacia el despotismo es proporcional al desprecio que siente hacia los demás seres humanos».

Una y otra vez hemos visto esta actitud en supuestos próceres de los pueblos y héroes de las naciones, capaces de emocionarse ante los males de la humanidad, pero incapaces de hacer nada en bien de los ciudadanos concretos, e incluso en ocasiones en bien de sus propios familiares más cercanos.

Por lo tanto, cuando nos sonrían desde estrados y cátedras, y nos adviertan de que somos un peligro si somos libres, y que resulta conveniente cercenar nuestras libertades por nuestro bien, usted permítase desconfiar, como desconfiaría de cualquier viejo tirano más desembozado que nuestros amables poderosos de hogaño. Son desde luego amables, sin duda, cuando sugieren que, como les hemos votado, les hemos autorizado a hacer lo que quieran con nosotros. Mienten, claro.

Parnaso sobre ruedas

Gracias a Begoña Gómez de la Fuente, querida amiga y compañera de Onda Cero desde hace muchos años, pude leer *La librería ambulante* en Editorial Periférica —el título original es *Parnassus on Wheels*—, primera novela que el periodista y escritor estadounidense Christopher Morley publicó en 1917.

Es la encantadora historia de Helen McGill, una mujer soltera de 39 años, que vive en una granja con su hermano Andrew, un exhombre de negocios que decide mudarse al campo y después ser escritor. Es exitoso en esta última labor, lo que le lleva a descuidar la granja.

Y entonces aparece Roger Mifflin, extraño personaje que viaja a bordo de un carromato repleto de libros usados, que va vendiendo por todo el país.

En parte porque teme que su hermano lo compre y se fugue, y en parte porque desea vivir una aventura propia, Helen utiliza sus ahorros para adquirir el carromato —que Mifflin ha bautizado como Parnaso— y allá que se va a vivir aventuras por esos caminos de Dios.

La historia, absolutamente deliciosa, se convirtió en un clásico de la literatura norteamericana, y es fácil comprenderlo, porque es inteligente, sensible y con gran sentido del humor.

Además, resultará atractiva para cualquier persona interesada en la economía y los negocios, porque lo que estamos viendo, desde el principio hasta el fin, es una empresa. Y, además, rentable, porque Roger ha aprendido, y le va a enseñar a Helen, la clave de lo que es una empresa, a saber, satisfacer las necesidades de los clientes. Esto no es fácil, y en su caso, por añadidura, debe sobreponerse a una dificultad adicional, porque antes de que él llegara, ha recorrido la comarca un vendedor de libros de oraciones fúnebres, con lo que sus potenciales clientes, lógicamente, no quieren comprar ni un libro más en su vida.

También aprende él, y le enseña a ella, una importante lección empresarial: no todos los clientes son iguales, y es importante conocerlos para intuir qué se les puede vender y qué no.

Otro asunto económico enjundioso es la política de precios, porque Roger vende los libros al precio que a él le parece más conveniente en cada caso, violando la norma del precio fijo que ya entonces regía en Estados Unidos. Dice: «Me escriben cartas sobre la política de los precios fijos y yo les respondo hablándoles de mi política del mérito fijo». El asunto atrajo la atención del principal economista del mundo en esos tiempos: véase «Alfred Marshall y el precio fijo de los libros», en el siguiente QR:



Ver artículo de Carlos Rodríguez Braun
y Fernando Méndez Ibisate:
«Alfred Marshall y el precio fijo de los libros».

Poco después de ganar el Premio Nobel de Literatura, dijo Eugene O'Neill: «Cuando tengo ganas de sonreír un poco, para que sean más ligeras las tardes, leo las primeras novelas de Morley». Saludable costumbre, sin duda.

El buen gobierno Frankenstein

Alfredo Pérez Rubalcaba aludió a Frankenstein para referirse a la imposibilidad o el peligro de que los socialistas gobernarán España con el respaldo de los independentistas que quieren romperla. Mientras esperamos a ver si los socialistas perpetran alguna operación bestial de ese cariz, conviene reivindicar a *Frankenstein*, porque se puede aprender mucho de la famosa novela que Mary Shelley publicó en 1818, cuando apenas tenía veinte años.

Hechiza el morbosos atractivo del monstruo, pero la obra subraya en realidad la moral científica, la creación y la destrucción de la vida, y la osadía de la humanidad en su relación con Dios. De ahí el subtítulo:

El moderno Prometeo. Lo que anhela el joven Víctor Frankenstein es rivalizar con la divinidad, igual que hizo Prometeo al robar del Olimpo el fuego de los dioses. Víctor se cree único: «Solo a mí se reserva el descubrir un secreto tan asombroso: infundir la vida en un cuerpo inanimado».

En la novela, al revés que la imagen que transmiten algunas de las películas filmadas sobre el tema, el monstruo es realmente un ser humano, con sentimientos nobles, que no recibe más que rechazo de la sociedad. Como se ve en su relación con la familia De Lacey, es una criatura capaz de aprender a hablar y a leer —nada menos que a Milton, Plutarco y Goethe. Es un ángel caído que quiere ser feliz, pero necesita compañía, y no la puede conseguir. Comete atrocidades, pero se pregunta por qué va a ser considerado él el único criminal «cuando toda la humanidad pecó contra mí». No se trata de un ser naturalmente malo, y mucho menos irracional, porque razona bien, hasta su suicidio final.

En cambio, la maldad sí que anida en Víctor Frankenstein y en su experimento, que sale mal desde el principio, porque crea un monstruo sin pretenderlo: su objetivo era alumbrar una criatura hermosa. La repulsiva fealdad del nuevo ser es clave para su aislamiento social.

Ojalá los gobiernos aprendieran la lección de Frankenstein, resumida en las palabras de consejo que le brinda Víctor al capitán Walton en las últimas páginas de la obra: «Busque la felicidad en la serenidad, y evite la ambición, incluso la aparentemente inocente de distinguirse en la ciencia y los descubrimientos». Esta modestia final es la clave de un Gobierno que respete la libertad; en la práctica, los políticos vulneran nuestros derechos alegando que saben más y razonan mejor que nosotros.

La conclusión de Frankenstein es la sabiduría liberal, que desde Smith hasta Hayek denuncia la fatal arrogancia de quienes quieren cambiar el mundo de arriba abajo, presumiendo de saber hacerlo. Y veinte años antes que Shelley, nuestro Goya ya avisó del peligro: «El sueño de la razón produce monstruos».

Arturo Fernández, liberal

Es poco frecuente encontrar una figura del teatro o del cine que sea liberal. Arturo Fernández lo fue, y no porque votara a la derecha, porque en la derecha hay de todo, sino por sus ideas y su conducta. Lo probó en una entrevista que le hizo Marta Robles en *La Razón*.

Manifestó una sana desconfianza hacia el poder, y tuvo el valor de meterse con uno de los mantras de la izquierda, la (mal) llamada memoria histórica, de la que afirmó: «Es el peor legado de Rodríguez Zapatero. La historia no puede reescribirse de forma partidista». Dejando al margen el odio, se apuntó al ejemplo del pueblo español en la transición democrática: «De uno y otro lado, todos tuvieron/tuvimos pérdidas. Mi padre, que era líder de la CNT de Gijón, me dio muchas lecciones de lo inútil que es el rencor».

Desde el punto de vista económico, su pensamiento fue diáfano en su liberalismo. Atribuyó su éxito a la clave de la economía de mercado, es decir, a servir a los demás: «Haber hecho del público mi prioridad. Intentar no defraudarle. Tuve la inmensa suerte, hace ya mucho tiempo, de entender lo que esperaba el público de mí y a ello me dediqué, intentando darles eso: alta comedia. Así, siendo fiel, el público te premia con su fidelidad».

Y en un mundo tan profunda y profusamente intervenido por la política, don Arturo se mantuvo siempre al margen. Nunca recibió subvenciones porque nunca las pidió: «No creo en ellas. Salvo que se trate de montajes de incuestionable interés general, cuyo coste sea inasumible para la iniciativa privada (léase clásicos con un enorme reparto). Y lo digo yo, que puedo presumir de llevar los montajes no musicales más caros de la escena española. Las subvenciones son un semillero de amiguismo, clientelismo político y otros intereses. Además, van en contra del mérito, del esfuerzo y, demasiado a menudo, las aprovechan vagos y vividores del cuento. Me siento muy orgulloso de no haber recibido más subvención que la del público».

Descanse en paz, don Arturo Fernández, figura liberal del mundo del espectáculo. Igual se extiende su ejemplo, nunca se sabe. Por ejemplo, leí esta declaración de doña Carmen Maura: «No necesitamos cuotas. La discriminación positiva me parece bastante humillante».

Joker socialista

La izquierda esgrime la película *Joker* como bandera anticapitalista. El Partido Laborista británico ha presentado un vídeo donde Joker le reprocha a Batman que no pague impuestos, aduciendo que, si lo hiciera, se podría «ayudar a los pobres».

Cultivando este camelo fundacional del socialismo, según el cual el socorro a los pobres estriba en quitarles un poco a los ricos, la corrección política remacha con sus dislates habituales contra la propiedad privada y el mercado, y nos asegura que quien usurpa nuestros bienes es Amancio Ortega, no la Agencia Tributaria.

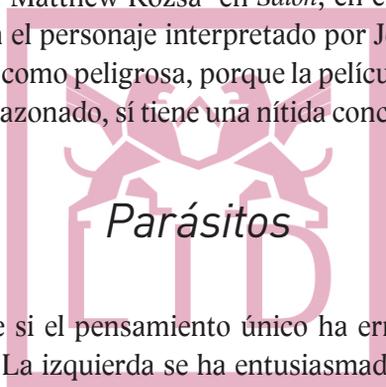
En realidad como escribió, entre otros, Mark Judge en *Law & Liberty*, el filme de Todd Phillips «permite a admiradores y críticos ver lo que desean». De ahí que la izquierda se regocije en la desigualdad y las imágenes clasistas, en el estallido revolucionario final, y por supuesto en la abominable austeridad: después de todo, los problemas de Joker se desatan cuando baja al gasto público, ¿no? Y la derecha podrá ver asimismo ratificadas sus advertencias sobre la amenaza del radicalismo izquierdista.

Pero la historia es la de Arthur Fleck, un enfermo mental, vacío de figuras paternas, que no puede vivir en sociedad, y a quien prácticamente todo el mundo, incluso su familia más cercana, maltrata cruelmente. Judge recuerda que Arthur deja de tomar su medicación y se descontrola criminalmente «cuando tanto su padre verdadero como su padre imaginario le dan la espalda». Es cierto que al final los manifestantes lo rescatan y convierten en una figura mesiánica, pero el objetivo de Joker «no es político, sino de salvación personal, encontrando otra familia que reemplace a la perdida». El propio

director, como subraya Nate Jones en *Vulture*, declaró que, aunque los temas del guion puedan reflejar la sociedad actual, la obra no tiene intencionalidad política. Phillips ni siquiera aclara si Arthur va a ser finalmente el malvado Joker de Batman, e insiste en que la obra está abierta a lecturas distintas: «Es solo una interpretación más, como la gente realiza interpretaciones de *Macbeth*», le dijo al *New York Times*.

Y mientras algunos pontífices de la progresía ven a un claro progresista en un ser enloquecido que se mete en su propia nevera, parecen ignorar que es patente que no todas las imágenes del filme son reales, porque hay obvios delirios de Arthur.

Lo que sí hemos visto en varias protestas, de Hong Kong a Santiago de Chile, es a manifestantes portando máscaras de Joker. Es prudente la observación de Matthew Rozsa en *Salon*, en el sentido de que la identificación con el personaje interpretado por Joaquin Phoenix es tan comprensible como peligrosa, porque la película, que no tiene un mensaje político razonado, sí tiene una nítida conclusión violenta.



Cabe preguntarse si el pensamiento único ha errado cinematográficamente el tiro. La izquierda se ha entusiasmado ideológicamente con *Joker*, sin mucha razón, y podrá entusiasmarse con *Parásitos*, también sin ella.

Dirigida por Bong Joon-ho, obtuvo por unanimidad la Palma de Oro en Cannes, siendo el primer filme coreano en conseguir el galardón. Ha sido saludada por la crítica en todo el mundo, y su recepción por parte del público también está siendo favorable.

Es el llamado «cine social», lo que habitualmente quiere decir anti-social y pro-político. Según resumió Jen Yamato en *Los Angeles Times*, se trata de «un *thriller* basado en el conflicto de clases». Y añadió que el cine de Bong «a menudo muestra a trabajadores que luchan contra el sistema que los atrapa». Por su parte E. Alex Jung subrayó que la película habla de las aspiraciones de las clases sociales y que la familia

trabajadora protagonista, los Kim, son una familia que «se esfuerza por sobrevivir».

En realidad, la familia Kim es una pandilla de sinvergüenzas. Apenas capaces de montar cajas de pizza para un restaurante, son muy capaces a la hora de usar wifi sin pagar, y de engañar sin pudor a la familia rica, los Park, en cuyo domicilio se infiltran mediante mentiras, causando un daño considerable a los trabajadores de la casa. Los Kim no son ejemplo más que del título de la película, son verdaderos parásitos que quieren vivir a costa de los demás. Su morada es una suerte de cueva, y en un momento del filme literalmente se arrastran como bichos.

Si algunos han querido ver en *Parásitos* un ejemplo de la lucha de clases progresista y anticapitalista, podrían pensárselo mejor. La familia Park es pintada sin duda como esnob, incluso insultante, pero no hay nada que indique que se dedica a la trampa o la estafa, como los Kim. El padre dirige una empresa, y no aparece ninguna señal de que se trate de un negocio perjudicial para la comunidad.

Los que buscan símbolos progres, por tanto, no tienen aquí más que un asidero endeble. De hecho, el propio Bong Joon-ho declaró: «No hago un documental, ni tampoco propaganda. No aconsejo cómo cambiar el mundo o cómo actuar si las cosas están mal: solo muestro el peso terrible y explosivo de la realidad».

Y efectivamente, todo termina en una explosión de violencia que sugiere la imposibilidad de la convivencia social. Pero si usted presta atención a quién ejerce la violencia, no concluirá nada preciso sobre la supuesta moraleja social de *Parásitos*. Y el hijo del señor Kim, el joven Ki-woo, hará una carrera profesional exitosa, como el propietario de la fea y cara mansión donde tiene lugar la tragedia.

Cine antifascista y Warren guionista

En la gala de los Goya, el actor Enric Auquer dedicó su premio «a todos los antifascistas del mundo». Aunque siempre cabe denunciar

la patética hemiplejía moral del llamado mundo de la cultura, presto a condenar el fascismo mientras pasa de puntillas sobre el comunismo, quizá resulte más provechoso reflexionar sobre el propio antifascismo, por dos motivos. En primer lugar, porque, como es evidente, sea uno de izquierdas o no, está muy bien ser antifascista. Y en segundo lugar, y esto es mucho menos evidente, porque rara vez los progresistas perciben hasta qué punto su antifascismo es fascista. Lo ilustraré con dos ejemplos de la misma gala.

El actor y director Eduardo Casanova pidió más «cultura antifascista en España», y alertó: «Hay veces que parece que volvemos para atrás». Toda la gala fue un meloso canto a la izquierda, y Warren Sánchez, el hombre que tiene todas las respuestas, recibió allí todos los mimos. Y esa alerta de don Eduardo encaja con el discurso de la izquierda y la ultraizquierda frente al peligro que representan Ciudadanos, PP y Vox.

El señor Casanova no solo es antifascista, sino que sabe cómo promover el cine antifascista: «Al presidente del Gobierno le pediría más dinero para hacer nuestras películas. Nuestras películas necesitan dinero. Este tipo de galas están muy bien, pero necesitamos dinero público para el cine».

Algunos apuntaron que su película había recibido un millón de euros, y, al lograr menos de 15 000 espectadores, no recaudó ni 82 000 euros. Pero don Eduardo sabe por qué fracasó su película: todo se debió «a la falta de más subvenciones», y que no se habló más del filme en los medios públicos, para seguir «educando desde el cine». Esto es fascismo genuino: «todo dentro del Estado», como decía Mussolini, incluyendo la propaganda política para «educar» al pueblo.

El segundo ejemplo lo brindó Pedro Almodóvar, que se dirigió así a Warren: «Va a ser el coautor del guion de todos nosotros, los ciudadanos españoles, y espero que le vaya muy bien, porque nos irá muy bien a todos los demás». Es difícil expresar mejor la esencia del fascismo, desde el culto al líder hasta la identificación totalitaria de su persona con el conjunto de la nación. El fascismo sostiene, efectivamente, que hay un guion para toda la nación, que tiene por tanto obje-

tivos comunes. Pero una sociedad de mujeres y hombres libres es lo contrario del fascismo, porque no hay un guion de todos, no hay objetivos comunes, sino solo reglas comunes. Dentro de esas reglas, cada mujer persigue su propio objetivo y redacta su propio guion. Cuanto más extendida esté la defensa de esa libertad individual, más atrás quedarán el fascismo y sus émulos pseudoprogresistas.

Hemingway, enamorado y comunista

He leído *Hemingway en otoño*, de Andrea di Robilant, que acaba de aparecer en Hatari! Books, 2020. Su objetivo es analizar la historia de amor entre el célebre escritor y la joven veneciana, Adriana Ivancich, treinta años menor que él.

La tesis de Robilant es que Adriana alegró platónicamente la vida de Hemingway, inspirándolo e impulsándolo en algunos de sus últimos trabajos, como *Al otro lado del río y entre los árboles*, y *El viejo y el mar*.

Entre cientos de páginas muy bien escritas y varias estupendas fotografías, el lector disfruta de esa historia, entre maravillosa y patética, de dos personas que fueron incapaces de asumir plenamente su vida. Pero casi no hay una sola palabra sobre política, salvo al final, cuando se nos informa de que a Hemingway no le gustaba Fulgencio Batista, y que el FBI lo vigilaba desde la Revolución cubana. Se sugiere incluso que esa vigilancia empeoró la salud del escritor, poco antes de su suicidio.

En realidad, las simpatías de Hemingway por el comunismo son conocidas. John Ford, que matizó la influencia del macartismo en Hollywood, y que estaba lejos de ser un simpatizante de McCarthy, reconoció que la influencia comunista en el cine no había sido tan grande como se decía, salvo en un caso: «De todas las películas filmadas en Hollywood solo una apestaba a comunismo y seguía las consignas del partido. Era el numerito titulado *Por quién doblan las campanas*. Esa seguía la línea marxista de arriba abajo» («El capitalismo

en seis *westerns* de John Ford», en *Economía de los no economistas*, LID Editorial, 2011, capítulo 1).

Pero Ernest Hemingway no fue simplemente un simpatizante lejano del comunismo. Para ponderar su cercanía con esa ideología y con ese sistema criminal conviene leer otro libro: Stephen Koch, *El fin de la inocencia. Willi Münzenberg y la seducción de los intelectuales*, que publicó hace un tiempo Tusquets.

Este notable volumen relata la historia de cómo los comunistas soviéticos, al mismo tiempo que asesinaban a millones de trabajadores, montaron una espectacular campaña de intoxicación en Europa y Estados Unidos, para conseguir adeptos y propagandistas entre escritores, periodistas, artistas y cineastas. Lo consiguieron. Uno de ellos fue Hemingway.

Elogio de Manolito

La muerte del gran Quino suscitó elogios a Mafalda, pero no a Manolito. Lógico, se dirá, porque es un bruto al que le gusta la sopa y no Los Beatles. Tosco, ambicioso, interesado, materialista, conservador, ignorante, y hasta capitalista salvaje son calificativos que le endilgan sesudos analistas. Coinciden con Susanita, que lo llama «bestia». Y en su elitismo coinciden en despreciar al más modesto de los personajes, y al único que trabaja.

También es el único señalado como hijo de un pobre inmigrante, que ha luchado para salir adelante, y ha logrado el sueño de ser empresario: es propietario del almacén Don Manolo. Padre e hijo son la caricatura del inmigrante, concretamente español, y concretamente gallego, porque su apellido es Goreiro. Es tal la caricatura que son iguales, con su pelo de cepillo y su cara de obstinados de pocas luces comparados con Mafalda, siempre tan preocupada por los problemas del mundo.

Pero Manolito no es tonto: no le gusta el colegio, es verdad, pero destaca en matemáticas, que le sirven para hacer las cuentas de los

pedidos de los clientes del almacén, donde él está siempre ayudando. A los demás niños no se les ve trabajar ni ayudar; eso sí, al revés que Manolito, ellos pueden irse de vacaciones.

También al revés que sus amigos, Manolito tiene una vida dura, y no se queja. Su padre es severo, aunque puede ser cariñoso, y su madre nunca aparece: solo se le ve una mano con una pantufla para aporrearlo si se porta mal. Toda la familia gira en torno al trabajo, y también a la inmigración, como sabemos por el hermano mayor de Manolito, que emigra a Estados Unidos. Esa realidad está ausente en los demás personajes, que son niños que parecen adultos, mientras que Manolito es un adulto que parece un niño.

Es en realidad el más maduro del grupo, y el que se preocupa por el futuro que puede quizá manejar: quiere ser como su padre, un empresario, pero mucho más grande, como Rockefeller. Rechaza los impuestos, como los rechazan todos los que saben lo que cuesta ganarse la vida, y tiene ideas muy claras y correctas sobre qué es ser un empresario: «Todos somos iguales, solo que algunos arriesgamos un capital».

Una viñeta describe bien su inteligencia y sentido común. Le da la bienvenida a Mafalda después de sus vacaciones (de ella), que le dice que tuvieron que volver antes de lo previsto porque «no nos alcanzó la plata para más: ¡siempre el cochino dinero!», se lamenta. Pero Manolito le recuerda que mientras la familia estuvo gastando ese dinero «no se te ocurrió cuestionarle la higiene: ¡desagradecida!».

Que Dios te bendiga, Manolito, el mejor.

Episodios Nacionales

Economía y economistas

En los *Episodios Nacionales*, Benito Pérez Galdós habla de economía y de economistas españoles. De fuera de nuestro país solo elige a Bastiat, entonces muy popular —menciona varias veces a Roberto Robert, traductor de *La Ley*—.

Entre los españoles aparecen los más célebres: Flórez Estrada, Canga Argüelles, Campomanes, Jovellanos y Luis María Pastor. Figura José Echegaray (ilustre matemático), y Galdós califica de «dos esclarecidos economistas» a Laureano Figuerola y Gabriel Rodríguez, del cual subraya que hace «la crítica acerba del *Sistema protector*».

La economía política, «a la sazón tan en boga», es nombrada en varias de las novelas, con calificaciones adversas: «cosa pedestre y asoladora... el fárrago de las ideas económicas... ciencia del Limbo... monserga económica... socorrida ciencia». En la cuarta serie alude a «los claros varones de la Sociedad Económica de Amigos del País», aunque el seductor mentiroso Juan de Urríes «se despedía con esta tarjeta: *Don Juan Tenorio, miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País*».

Creo que en estas ideas late un sentimiento liberal, que es el recelo ante los magnos proyectos de transformación social, desconfianza que confluye con la moderación conservadora. Precisamente, a los liberales decimonónicos continentales les faltó a menudo moderación, tanto en la alegría irresponsable con la que saludaron la violación de la propiedad de la tierra y el hostigamiento a la Iglesia, como en la necesidad de aplicar las reformas con la prudencia que aconsejó Adam Smith, dados los intereses encontrados que el intervencionismo abroquela.

La complejidad de la realidad es ilustrada *a sensu contrario* con la ingenuidad de los expendedores de recetas mágicas, como el joven Gabriel, cuando fantasea con ser poderoso: «Lo primero que voy a disponer es que no haya pobres, y que en todas las plazuelas de España se fije el precio de los comestibles, para que los pobres compren todo muy barato». O el revolucionario Hermosilla: «hay que proteger al trabajador, y echar leyes que abaraten el comestible y den mayor precio a las cosas de fabricación». Como si todo fuera sencillo. Como si no tuviera consecuencias nocivas para los agricultores. Y como si no fuera Hermosilla un fabricante de plumeros.

Se ven las tensiones del progreso —La maldita invención de los *ferrocarriles*, que significaban la miseria de toda la carretería— y de

la liberalización: «La causa del furor de los barceloneses es la *cuestión algodonera*... se ha pensado en rebajar los derechos de los tejidos ingleses, con lo cual los de aquí arruinarán sus industrias».

Esto no significa que el gran escritor no atendiera a los mercados ni que ignorase las consecuencias de su desarrollo. Se ve en los empresarios galdosianos, como Mauro Requejo o Primitivo Cordero. O en la admiración hacia Cádiz, que tenía «todas las grandezas del comercio».

Libertad

Galdós critica con acierto a liberales en los *Episodios Nacionales*, como en el importante discurso que en *Los Apostólicos* pronuncia un ya reflexivo Monsalud. Sus argumentos, a la par que liberales, son muy prudentes, y enfatizan los valores de las personas.

Aquí algunas muestras: «Cada español, al pedir libertad, reclama la suya, importándole poco la del prójimo... La idea de libertad entrando súbitamente aquí a principios del siglo nos dio fórmulas, discursos, modificó algo las inteligencias; pero ¡ay!, los corazones siguen perteneciendo al absolutismo que los crió... Mientras no se modifiquen los sentimientos, mientras la envidia que aquí es como una segunda naturaleza, no ceda su puesto al respeto mutuo, no habrá libertades... Mientras el amor al trabajo no venza los bajos apetitos y el prurito de vivir a costa ajena no habrá libertades». No lo habrían dicho mejor los liberales desde Smith hasta Hayek o el juez Learned Hand.

La complejidad del orden social, y el consiguiente riesgo del intervencionismo, aparece en la frase que Galdós pone en labios de Isabel II: «¡Y cuidado si es difícil esto de la felicidad de un pueblo! Porque viene uno y te dice una cosa, y luego entra otro y te dice otra cosa. Nunca sabe una si acierta o no acierta». Y tampoco es crédulo el gran escritor a la hora de confiar en cartas magnas: «Estos pobres liberales son unas criaturas que se pasan la vida mudando motes y letreos, sin reparar en que varían los nombres, y las cosas son siempre

las mismas. Ahora les da por jugar a las Constitucioncitas... ¡qué inocentes!».

Insiste en el problema del poder, como en *Gerona*: «No sé qué tiene para la gente de este siglo el tal mando, que trastorna las cabezas más sólidas, da prestigio a los tontos, arrogancia a los débiles, al modesto audacia y al honrado desvergüenza».

Condena los abusos políticos: «Los mandones le quitan a uno la camisa, y encima hay que darles las gracias porque no nos han quitado los calzones... Ahí tenéis al empleado que se merienda al contribuyente... Los Gobiernos duraderos originan enormes calamidades... El Estado, ¿qué es más que un inmenso asilo?... el gran Mecenaz de ogaño es el Gobierno».

Abomina las guerras civiles, y la violencia motivada por las ideologías revolucionarias, como la escalofriante declaración del afrancesado Santorcaz: «Toda la sangre derramada me parecía poca para reformar una sociedad que no era de mi gusto».

Tres buenas ideas para liberales: «La libertad menos mala es la que no tiene tratos con la hipocresía»; «Evitar un cataclismo, siempre más funesto, cualquiera que fuese su resultado, a la causa liberal que al despotismo»; y «Los propagandistas de la libertad ignoran hasta las más elementales reglas para utilizar la fuerza de las masas en defensa de sus ideas».

Propiedad

Las desamortizaciones son consideradas liberales y capitalistas, cuando fueron expropiaciones forzosas con objetivos recaudatorios, en un proceso que apuntaló al Estado a expensas de la Iglesia. Se habla de «Estado liberal», como si la violación de la propiedad y la expansión del poder fueran compatibles con la libertad de los ciudadanos. Reveladoramente, se trata a la desamortización como al socialismo, en el sentido de que pudo llevarse mal a la práctica, pero sus objetivos eran impecables.

Las complejidades y matices de todo esto fueron señalados por los conservadores, y el proceso fue aplaudido por liberales que no parecieron percibir que existía algún riesgo, de modo análogo al de algunos liberales actuales que defienden el moderno Estado redistribuidor y desdeñan como frívolas las advertencias sobre su expansión («Álvaro Flórez Estrada. Compromised Liberalism in Nineteenth-Century Spain», *The Independent Review*, 2008).



Ver artículo de Carlos Rodríguez Braun:
«Álvaro Flórez Estrada. Compromised Liberalism
in Nineteenth-Century Spain»
para *The Independent Review*.

En este marco, resulta notable cómo Pérez Galdós, escribiendo sobre Mendizábal y las desamortizaciones en los *Episodios Nacionales*, fue capaz de percibir matices ignorados por los estudiosos, entonces y después.

De lo que estaba pasando con los bienes nacionales hay abundantes referencias críticas: «arrambla todos los bienes del clero, que no es flojo el botín... acuden terratenientes de los pueblos y logreros de las ciudades... y el pueblo agricultor y laborioso no podrá adquirir propiedad... despojo inicuo... arrebatan con viva mano los mejores bienes de aquellas manos muertas... están afanando lo que fue de frailes y monjas... la desamortización no había hecho más que cambiar los términos de la desigualdad».

Galdós no critica al político andaluz como persona, al contrario, subraya su honradez y magnos objetivos, pero añade: «La vista de Mendizábal solía percibir los remotos ideales; pero no discernía bien el camino para llegar a ellos, no poseía la completa y audaz visión del hombre de Estado, el cual necesita saber mirar, sin cegarse, lo mismo al sol que al polvo». Pero cuando habla del decreto desamortizador dice: «El preámbulo era frío, despiadado, cruel. El artículo 1.º, semejante a una inmensa hoz, decía con aterrador laconismo: Quedan

suprimidos todos los Monasterios... Recreóse también en su texto, fríamente ejecutivo, revolucionario. Como quien no rompe un plato... terrible documento».

Cuando Demetria reparte sus bienes con su hermana Gracia, señala la opción que defiende la propiedad: «Ya puede usted decirle a su amigo Mendizábal que hay mayorazgos que van más allá que el legislador, distribuyendo las riquezas con espíritu cristiano y amor de familia». Pero lo que se impondría es el intervencionismo de metas indiscutibles en nombre del liberalismo, como en el discurso de Pi y Margall resumido así por Tito Liviano: «Separar la Iglesia del Estado, establecer la enseñanza gratuita y obligatoria... proteger a las mujeres, regular el trabajo de los niños y vender los bienes nacionales en beneficio de los proletarios».

Mercado y corrupción

El profesor Juan Velarde ha subrayado el papel del comercio en las obras de Pérez Galdós, en un siglo XIX habitualmente denigrado como paradigma de una desastrosa decadencia de nuestro país, que en realidad no existió, como han señalado destacados economistas españoles desde Flores de Lemus hasta Leandro Prados de la Escosura.

Varios empresarios son elogiados en los *Episodios Nacionales*, como Primitivo Cordero: «modelo de buena fe, crédito y orden». De su actividad, de los transportes y la banca, provino un impulso en una época convulsa en lo político y también en lo económico y regulatorio, con los debates sobre el proteccionismo y el librecambio.

Galdós entra en detalles de algunos negocios de antes de mediados de siglo, como las fondas: «aún no se hablaba de restaurantes». Hubo aportaciones extranjeras, como «un suizo llamado Lhardy». Los italianos «introdujeron las buenas formas de servicio y un poco de aseo... no fue tampoco reforma baladí el sustituir la lista verbal, recitada por el mozo, con la lista escrita», o el menú de precio fijo.

No todo es honradez en la vida, ni en la economía. Galdós habla de

timos privados, como el provocar accidentes para estafar a las compañías de seguros, y de nuestra pionera en los fraudes piramidales llamados después esquemas Ponzi, doña Baldomera Larra, «sagaz arbitrista».

También habla de corrupción pública, relacionada con las desamortizaciones, por ejemplo, o la manipulación de la deuda pública con el caso de los juros y el inescrupuloso arribista Piapón: «Esa serie de juros de 1803, que andan por ahí, sin que nadie los quiera, necesitan una mano cariñosa que le dé colocación con preferencia a los que ahora tienen el turno». La corrupción alcanza a nobles y al felón Fernando VII. Pero el abuso es generalizado en el sector público y sus amiguetes privados: «Los dos partidos, que se han concordado para turnar pacíficamente en el Poder, son dos manadas de hombres que no aspiran más que a pastar en el Presupuesto... Un día y otro nos hablan de los “escandalosos agios”, de los negocios y contratas con que el Gobierno premia a los que le ayudan».

Leemos en los *Episodios* frases liberales que habrían aplaudido Adam Smith o Jovellanos, como la siguiente: «Los ricos, si a más de ricos están un poco arrimados a la política, son los amos de vidas y haciendas».

Clases precarias

Leí en *La Vanguardia* a la escritora y poeta cordobesa, Elena Medel: «Tu clase social marca siempre tus límites... los ricos pueden permitirse el lujo de fallar y empezar de cero». Según informó *El País*, Medel es «muy consciente de la clase a la que pertenece»; y tituló así a toda página una entrevista con ella a propósito de su último libro: *La novela de la precariedad*.

Ella es «hija de una auxiliar administrativa en paro y de un empleado de una empresa de reprografía... de niña convivía con su abuela mientras sus padres trabajaban». No parece una clase muy

acomodada, precisamente. Pero Medel salió adelante, obtuvo premios y su novela ha sido traducida a nueve idiomas.

Su evidente éxito prueba que su clase social no ha marcado los límites de su carrera. Además, ella misma explica que su vida no ha sido fácil: las cosas le fueron bien, después mal, pero se recompuso y pudo empezar desde cero, sin ser una persona rica. Superó su frustración, el haber perdido a su pareja y todos sus trabajos. Ahora es una autora reconocida, y una empresaria; en su editorial se han vendido miles de ejemplares de libros de poesía, otro gran éxito.

La señora Medel insiste en hablar de la falta de dinero y la precariedad, del machismo y el clasismo, aunque evidentemente no han podido con ella: «Se escribe con talento y esfuerzo, sí, pero también con tiempo. Si no tienes dinero para comprarlo es imposible plantearse proyectos de cierta ambición. Bueno, es posible a base de robar horas al sueño, hacer sobreesfuerzos y aceptar un montón de trabajos que normalmente no aceptarías». Claro que sí, doña Elena, con mucho sacrificio, como hacen millones de mujeres.

Hablando de mujeres escritoras, creo que lo mejor que he leído sobre el camelo de las clases sociales como supuestos límites infranqueables lo redactó otra mujer escritora, Francis Korn: «Clases sociales, o la pereza de contar hasta catorce».



Ver artículo de Francis Korn:
«Clases sociales, o la pereza de contar hasta catorce».

Doña Elena Medel es consciente de su precaria clase social, mientras la entrevista un diario tan relevante como *La Vanguardia*; y el primer periódico de España, y uno de los más importantes del mundo, *El País*, le dedica toda una portada y tres páginas enteras de su suplemento de libros. Nada menos. ¿Cuál será la precaria clase social de la señora Medel?